

michel foucault
la gran extranjera

para pensar la literatura



¿Qué relación tenía Foucault con la literatura? Se sabe que era un lector apasionado y erudito, que la biblioteca de su madre le reveló a los clásicos franceses y grecolatinos, y que su admiración por Faulkner lo llevó a hacer un viaje por tierras faulknerianas. Más allá de estas notas biográficas, también se sabe que las lecturas literarias atravesaron toda su producción teórica. Es por eso que resulta clave entender cómo pensaba la literatura, cómo se apropiaba de textos y autores.

La gran extranjera contiene una serie de intervenciones de Foucault acerca de la literatura y el lenguaje, que no sólo funcionan como compendio de su concepción de la literatura sino que ofrecen pistas para abordar su obra. Así, Foucault indaga en la relación entre literatura y locura a partir del análisis de obras de Shakespeare, Cervantes y Diderot. Si la locura es lo otro de la razón y por lo tanto lo que nos permite vislumbrar sus contornos históricos, la literatura es ese discurso capaz de expresar el orden del mundo en un momento dado y, a la vez, su dimensión de exceso, de desborde. Foucault también explora, a partir de los personajes de Sade, el vínculo entre la literatura, el deseo y la verdad. Sin proponérselo, estos textos echan luz sobre las tesis de clásicos como *Historia de la locura*, *Las palabras y las cosas*, *Raymond Roussel*, *El nacimiento de la clínica* o *El orden del discurso*.

Este libro viene entonces a desplegar la evidencia de que la literatura es la «gran extranjera», aquella que está al otro lado de las fronteras de los sistemas de pensamiento. Muestra a la vez el modo magistral, estratégico, en que Foucault elige leer la literatura y la historia de la cultura.

*Los editores agradecen a la familia Foucault,
a Daniel Defert, a Bertrand Richard y al IMEC.*

¿En qué sentido la literatura es «la gran extranjera»?

Edgardo Castro^[1]

El presente volumen contiene una serie de intervenciones —emisiones de radio, conferencias— acerca de la literatura y del lenguaje, pronunciadas por Michel Foucault entre 1963 y 1971. Los editores franceses han querido reunir las bajo el título de *La gran extranjera*. Esa decisión justifica algunas reflexiones que pueden echar luz sobre el objeto central de los textos. Empecemos por la expresión en sí, que proviene del propio Foucault, de una entrevista o, mejor, una conversación que tuvo lugar en 1975, en ocasión de la publicación del libro *Le Voyage à Naucratis*. Además de Foucault, participaron de ella el autor del libro, Jacques Almira, y el periodista Jean Le Marchant.

Para comprender el sentido y el alcance de la expresión en cuestión, conviene detenerse en el contexto exacto en que aparece. Esa breve conversación —al menos en su versión publicada—^[2] comienza con una curiosa anécdota que refiere Foucault, según la cual el día de Navidad recibe un llamado telefónico en el que le solicitan la evaluación de un manuscrito, precisamente el del libro de Almira. Seguidamente, la conversación se desplaza hacia los autores que de algún modo formaron parte del trabajo de escritura de *Le Voyage à Naucratis* y que constituyen, retomando otra expresión de Foucault, las «joyas del escritor»: Flaubert, Balzac, Zola, Joyce, Maupassant, Borges, Proust, Kafka,

Roussel... En un determinado momento de la conversación, Le Marchant le pregunta a Foucault si lee a los escritores contemporáneos. Y él responde: «Poco. [...] Para la gente de mi generación, la gran literatura era la literatura norteamericana. [...] La literatura era la gran extranjera».^[3]

Tomada en su contexto, la expresión «la gran extranjera» se refiere a la literatura contemporánea respecto de su generación, a la que no pertenecen, al menos en términos cronológicos, varios de los autores de los que Foucault se ocupa en las intervenciones reunidas en el presente volumen, como Shakespeare, Cervantes, Diderot o Sade. En este sentido, entonces, respecto de la literatura que Foucault aborda en sus intervenciones, no parece que podamos hablar de una gran extranjera. Y, si tomamos la cronología y la contemporaneidad en otro sentido, esto es, en relación con el trabajo que llevó a cabo Foucault durante los años en que estas intervenciones sobre la literatura fueron pronunciadas, tampoco. En efecto, basta con hojear la *Historia de la locura*, *Raymond Roussel* o *Las palabras y las cosas* para darse cuenta de que la literatura no es una extranjera. Al contrario, y ello no sólo por el estilo con que estos libros están escritos, sino sobre todo por el hecho de que la literatura desempeña en cada uno de ellos una función esencial respecto de las tesis que sostienen. Así, por ejemplo, en *Las palabras y las cosas*, la relación de exclusión entre el ser del lenguaje y el ser del hombre hace de la literatura moderna la manifestación de la eminente muerte del hombre. Y a la gran presencia de la literatura en sus libros, especialmente durante la década de 1960, hay que agregar los otros escritos, artículos, prefacios o introducciones, dedicados, para mencionar sólo algunos nombres, a Sade, Blanchot o Bataille.

Por ello, en las presentaciones a cada una de las partes del presente volumen, los mismos editores franceses que escogieron el título no dejan de insistir en esa relación tan estrecha entre las intervenciones aquí reunidas y los libros

de Michel Foucault. A nuestro modo de ver, muy justa y apropiadamente.

Y, sin embargo, aunque con un sentido diferente al que Foucault atribuye a la expresión «la gran extranjera» en la conversación citada, puede decirse que la literatura es, en su pensamiento, una gran extranjera. Pero ¿en qué sentido lo es?

Acerca de estas intervenciones, el lector encontrará, en las notas de los editores franceses, las informaciones precisas sobre las circunstancias en que tuvieron lugar. Por el momento, basta consignar que se trata de tres grupos temáticos. El primero se ocupa de la relación entre el lenguaje y la locura, y reúne dos emisiones de radio de 1963, «El silencio de los locos» y «El lenguaje como locura». El segundo está constituido por las dos sesiones de la conferencia «Literatura y lenguaje», pronunciada en Bruselas en 1964. Y el tercero, por las dos sesiones de otra conferencia, esta vez sobre Sade, pronunciada en 1970 en la Universidad de New York-Búfalo, cuyos temas fueron retomados en 1971 en Montreal. El orden de estos bloques sigue, como vemos, un criterio temporal. Resumiendo en términos extremadamente escuetos la línea de desarrollo del conjunto, podría decirse que se ocupa de la literatura en relación con la locura, el ser del lenguaje y el deseo.

Ahora bien, es precisamente respecto de cada una de estas tres dimensiones donde la literatura aparece precisamente como una gran extranjera. Así, en «El silencio de los locos», a partir de algunas escenas escogidas de *El rey Lear* de Shakespeare y del *Quijote* de Cervantes, Foucault demuestra cómo esta literatura pone en escena esa dimensión trágica de la locura respecto de la cual nuestra cultura ha que-

rido mantenerse a distancia y echar sólo una mirada lejana. Más tarde, en el siglo XVIII, también Diderot, en *El sobrino de Rameau*, ha mostrado el «blasón sin palabras de la locura» mediante gestos extremos condensados en gritos, lágrimas y risas. Y, con una simetría inversa, en que los gestos son desplazados por un discurso de minucioso despliegue argumentativo, Sade nos ha revelado «la pura locura de un corazón desmesurado».

Si la locura es, como insiste Foucault, lo otro de la razón y, por lo tanto, lo que nos permite comprender el contorno que dibuja sus fisonomías históricas —como el gran juego entre razón y sinrazón en los siglos XVII y XVIII—, ello es posible, en gran medida, porque esta ajenidad se hace presente en la literatura. En este sentido, la historia de la razón no puede prescindir de la ajenidad de la literatura. Por ello, la *Historia de la locura en la época clásica*, es decir, desde la institución del hospital general a la aparición del asilo psiquiátrico, de Descartes a Kant, es al menos en cierta medida una historia de la literatura.

La segunda intervención, «El lenguaje como locura», profundiza aún más esa dimensión de ajenidad de la literatura, lo que hace de ella esa gran extranjera. La tesis expuesta por Foucault en esta emisión radial consiste precisamente en sostener que «la posibilidad de hablar y la de estar loco [ser otro, extranjero] son, en un aspecto muy fundamental, contemporáneas y como gemelas». El hombre que habla se sirve de esta posibilidad, es «un hacedor de ocurrencias», un «maestro artesano de metáforas».

La conferencia «Literatura y lenguaje» explora otro aspecto de esa ajenidad de la literatura. En este caso, se trata de la ajenidad respecto del lenguaje y la obra. La literatura, sostiene Foucault, no es ni lenguaje ni obra, ni lenguaje transformado en obra ni ocasión para la obra de fabricarse un lenguaje. Ella es «profanación» del lenguaje y de la obra, sea en la forma de transgresión, de reiteración o de

simulacro, cuyas figuras son, respectivamente, Sade, Chateaubriand y Proust.

La última conferencia trata de la relación entre verdad y deseo en el acto de escritura, en este caso de Sade, tal como se despliega en *La nueva Justine* o *Las desgracias de la virtud*, pero también en la *Historia de Juliette* o *Las prosperidades del vicio*. A la luz de estos trabajos, en la primera sesión Foucault se pregunta ¿qué significa para Sade escribir? Y en la segunda, ¿cuál es para Sade la función de la escritura? En las respuestas, la ajenidad de la literatura se hará de nuevo presente. El acto de escritura, sostiene Foucault, suprime las fronteras entre lo real y lo imaginario, permite borrar los límites del tiempo (del agotamiento, del cansancio, de la vejez); es la ilimitación del límite, la emergencia de la irregularidad, la supresión de la separación entre lo que está permitido y lo que no lo está. En efecto, en Sade, verdad y deseo no juegan el uno contra el otro; en el discurso libertino, «el discurso verdadero multiplica el deseo» y «el deseo hace cada vez más verdadero el discurso».

Pero no se trata de eximir al lector de leer las intervenciones reunidas en este volumen. Creemos que las indicaciones que acabamos de señalar son suficientes para comprender en qué sentido es posible hablar de la literatura como de una gran extranjera.

Como dijimos, los editores franceses se han ocupado de poner de relieve el nexo que existe entre estas intervenciones y los libros de Foucault. Este nexo es evidente en cuanto concierne a las emisiones «El lenguaje de la locura» y la *Historia de la locura en la época clásica*. De alguna manera, en efecto, estas emisiones constituyen un rastreo del uso de la literatura en la descripción foucaultiana de la expe-

riencia de la locura en los siglos XVII y XVIII. Menos evidente es quizá la relación entre la conferencia «Literatura y lenguaje» y *Las palabras y las cosas*. Al respecto, puede decirse que el lector encontrará en esta conferencia una descripción muy precisa de lo que Foucault entiende por literatura en esta obra de 1966. En la «Conferencia sobre Sade», como también señalan los editores franceses, nos encontramos con un ejercicio de análisis que se sitúa en la línea de *El orden del discurso*. Los temas en gran medida se superponen: las funciones de la escritura, la relación entre deseo, discurso y verdad, la materialidad del lenguaje, etc.

Por ello, si bien es posible leer estas intervenciones como una especie de compendio acerca de la concepción foucaultiana de la literatura en el período que va de 1963 a 1971, también es posible servirse de esta lectura para abordar sus libros ya clásicos desde la perspectiva de la literatura y, más precisamente, de su ajenidad, de lo que hace de ella una «gran extranjera».

Presentación de la edición francesa

«Antaño leí mucho lo que se da en llamar “literatura”. A la larga rechacé una gran parte por incapacidad, sin duda porque no tenía el código adecuado para leer. Ahora [1975] surgen libros como *Bajo el volcán* o *El mar de las Sirtes*. Un escritor que me gusta es Jean Demélier; *Le Rêve de Job* me sorprendió mucho. También los libros de Tony Duvert. En el fondo, para las personas de mi generación, la gran literatura era la literatura norteamericana, era Faulkner. Es probable que el hecho de no tener otro acceso a la literatura contemporánea que el que me daba una literatura extranjera, a cuya fuente jamás era posible remontarse, introdujera una suerte de distancia con respecto a la literatura. La literatura era la “gran extranjera”».^[4]

En esa entrevista sobre el libro de Jacques Almira^[5] *Le Voyage à Naucratis* (obra cuyo manuscrito había recibido por correo), Foucault se entrega como pocas veces a una descripción de su biblioteca literaria. Se advierte lo heteróclito de esa breve lista. El abanico de sus lecturas se extiende de jóvenes autores como Jean Demélier^[6] o Jacques Almira a Julien Gracq; en otro lugar expresa su admiración por Thomas Mann, Malcolm Lowry y William Faulkner.^[7] La admiración por este último lo lleva en 1970 a hacer un viaje por tierra faulkneriana, en el que sube por el valle del Mississippi hasta Natchez. La historia del Foucault lector es aún poco conocida. Según su hermano, en la casa de infancia en Poitou se enfrentaban dos bibliotecas distintas: una paterna, científica, médica y prohibida, en el consultorio del

padre cirujano, y otra materna, literaria y abierta. En ella Foucault descubre a Balzac, Flaubert y la literatura clásica, mientras que entre los padres jesuitas con quienes hace su escolaridad lee los textos griegos y latinos.^[8] Es sin duda en la *rue d'Ulm*, al acceder a la fantástica biblioteca de la École Normale Supérieure [ENS], entonces a cargo de Maurice Boulez^[9] —una de las primeras de acceso libre de Francia y en la que conviven poesías y tratados filosóficos, ensayos críticos y textos históricos—, donde Foucault hace la experiencia de una lectura sin barreras. En ese lugar, la literatura se le aparece más allá del orden de los discursos. En su cronología de los *Dits et écrits*, Daniel Defert señala algunas referencias: Foucault devora a Saint-John Perse en 1950, lee a Kafka en 1951 y a Bataille y Blanchot desde 1953, sigue la aventura del *Nouveau Roman* (con los libros, entre otros, de Alain Robbe-Grillet), descubre a Roussel en el verano de 1957, lee a los autores de *Tel Quel* (Sollers, Ollier) en 1963, relee a Beckett en enero de 1968...

No se puede desdeñar la importancia de la partida al extranjero en 1955: la frecuentación cotidiana de los fondos de la Maison de France en Upsala, e incluso del Centre de Civilisation Française en Varsovia, modificó sin duda profundamente la relación estrecha de Foucault con la lengua literaria. En la soledad del invierno sueco y polaco Foucault leyó mucho —la poesía de Char es su libro de cabecera— y enseñó literatura. Fue allí, en medio de esas dos lenguas que le eran ajenas, donde hizo, como se sabe, su primera gran experiencia de escritura; allí fue donde enseñó francés varias horas por semana y, sobre todo, donde dictó cursos de literatura francesa, entre ellos uno memorable sobre el amor, desde Sade hasta Genet. En Suecia coordinó asimismo un club de teatro donde llevó a escena con sus estudiantes numerosas piezas contemporáneas.^[10] En Cracovia y Gdansk dictó en 1959 conferencias sobre Apollinaire. Más anecdótico en esta historia del Foucault lector es el en-

cuentro, durante su estadía en Upsala, con Claude Simon, Roland Barthes y Albert Camus, que había viajado a recibir su Premio Nobel. Así como al final de su vida frecuentó a varios jóvenes escritores, entre ellos Mathieu Lindon y Hervé Guibert, sin «hablar» jamás de literatura, es probable que por entonces leyera a esos autores, pero sin entablar diálogo con ellos, del mismo modo que nunca se reunió con Maurice Blanchot, «ya que decía admirarlo demasiado para conocerlo».^[11] A comienzos de la década de 1960 Foucault mantiene con la literatura una intimidad que se pone en evidencia cuando se examinan sus notas de lectura preparatorias para la *Historia de la locura*. El escrutinio de los archivos del encierro, tanto de los registros de Bicêtre como de las *lettres de cachet*, es ante todo una experiencia de lectura literaria sobre la cual se explayará mucho más adelante, como introducción a la publicación de algunos de esos documentos con la historiadora Arlette Farge en *Le Désordre des familles*.^[12] Foucault queda cautivado por la belleza de esa poética del archivo, de esas puras existencias gráficas, de lo que él mismo designa como «la línea de evolución de la literatura desde el siglo XVII».^[13]

Sin embargo, no deja de defenderse de esa intimidad. Así, relata de esta manera su encuentro con la obra de Raymond Roussel, autor a quien dedica todo un libro en 1963: en la librería Corti,

atrajo mi mirada una serie de libros cuyo color amarillo, un poco anticuado, era el color tradicional de las viejas editoriales del siglo pasado. [...] Di con un autor del que jamás había oído hablar: Raymond Roussel. El libro se llamaba *La Vue*. Desde las primeras líneas percibí una prosa extremadamente bella.^[14]

La «gran extranjera» sería de hecho una pasajera clandestina. En efecto, Foucault no es sólo un lector exigente y un escritor cuyo estilo fue admirado y reconocido al publicarse

cada una de sus obras; si se lo lee bien, ahora que disponemos no sólo de sus libros sino también de sus *Dits et écrits* y sus cursos en el Collège de France, el filósofo mantiene con la literatura —los documentos que componen este volumen son un magnífico testimonio de ello— una relación compleja, crítica, estratégica.

Al leer los múltiples prefacios, entrevistas y conferencias que Foucault dedica durante los años sesenta a la literatura (ya se organicen en función de los nombres propios de Blanchot, Bataille u otros o pretendan, por el contrario, pasar las unidades tradicionales de la crítica literaria por el tamiz de una crítica del autor o una descripción general del espacio del lenguaje),^[15] y al recordar también que esos textos no son sólo la contraparte de los grandes libros arqueológicos, sino que los atraviesan bajo la forma de referencias precisas, como la de Orestes o *El sobrino de Rameau (Historia de la locura)*, Sade (*El nacimiento de la clínica*) o Cervantes (*Las palabras y las cosas*), se aprecia más cabalmente la singularidad de esa inquietud por lo literario. Si se confunde en parte con la actitud de una generación entera y prolonga, también, un gesto insistente en el pensamiento francés, que consiste en hacer de la novela o la poesía las piedras de toque del acto de filosofar (prueba que afrontaron uno tras otro Bachelard, Sartre o Merleau-Ponty), la inquietud de Foucault cobra la apariencia de una verdadera duplicación de su propio discurso. Duplicación o, mejor, doble constante, esto es, tentativa, llevada al extremo, de decir a la vez el orden del mundo y de sus representaciones en un momento dado (cosa que conocemos, en el movimiento de la investigación foucaultiana, como la descripción arqueológica de un «sistema de pensamiento») y aquello que, paradójicamente, representaría pese a todo su dimensión de exceso, su desborde, su *afuera*. En tanto que los grandes libros de los primeros años, a pesar de la diversidad de sus temas específicos (la locura, la clínica, el nacimiento de las ciencias humanas), analizaban lo que

nuestra manera de organizar los discursos sobre el mundo debe a una serie de particiones históricamente determinadas, los textos sobre la literatura que son sus contemporáneos parecen desplegar, al contrario, toda una serie de figuras extrañas —escritores renuentes, palabras congeladas, laberintos de escritura— para encarnar, si no su rechazo explícito, sí al menos su excepción notable. La «línea de los libros» y la de los textos literarios de Foucault se superponen en un solo caso: el *Raymond Roussel*,^[16] única obra donde la indagación histórica y epistémica parece tener que desaparecer por completo para reformularse, en negativo, precisamente con respecto a lo que desbarata el orden del discurso: sin duda un gesto —el de escribir—, pero también algo que implica de inmediato una manera de apoderarse de la literatura como estrategia. En esos mismos años, en todos los otros ámbitos, Foucault se ve pues en la necesidad de sostener simultáneamente, de hacer jugar a la vez, una falta de especificidad de la literatura y, muy por el contrario, su centralidad estratégica: en el primer caso —la indagación arqueológica—, la literatura no tiene ninguna especificidad en comparación con otras producciones discursivas (actos administrativos, tratados, fragmentos de archivos, enciclopedias, obras científicas, cartas privadas, diarios); en el segundo (los textos «literarios»), se trata de expresar, en el interior mismo de la literatura, cierta relación entre una postura y unos procedimientos de escritura que, por darse bajo una forma particular, engendran algo así como una experiencia de des-orden o la puesta en acción de una ruptura: una matriz de cambio, un operador de metamorfosis. En suma, la correlación implacable de las palabras y las cosas, por un lado, y por otro la extraña comprobación, sin embargo, de que lo que bien puede decirse es a veces imposible de pensar; rara disyunción que habilita el acceso a todo un campo de experimentaciones donde el discurso podría también liberarse de sus propios códigos o de la univocidad de lo que muestra:

El enigma de Roussel radica en que cada elemento de su lenguaje está contenido en una serie no enumerable de configuraciones eventuales. Secreto mucho más manifiesto pero mucho más difícil que el sugerido por Breton: no se encuentra en una astucia del sentido ni en el juego de los develamientos, sino en *una incertidumbre concertada de la morfología* o, mejor, en la certeza de que *varias construcciones pueden enunciar el mismo texto*, autorizando sistemas de lectura incompatibles, pero posibles en su totalidad: una *polivalencia rigurosa e incontrolable de las formas*.^[17]

Dos observaciones al respecto. Por un lado, el «afuera» que representa para Foucault la literatura con respecto a sus propios análisis es indisociable de un gesto voluntario. Lo que se inviste aquí con esa vertiginosa *polivalencia de las formas*, ese deslizamiento de nuestro mundo hacia el abismo de su propia confusión, no es la literatura en cuanto tal sino el gesto que la expresa: por lo tanto, la literatura como estrategia, es decir, cierto *uso de lo literario*, la puesta en práctica de *procedimientos* y todo un trabajo de dinamitación interna en la economía del relato que pasa por la construcción de un campo de batalla contra la hegemonía del sentido. Por otro lado, ese «afuera» excede la definición que Blanchot diera de él y que Foucault, por su parte, había hecho suya desde mediados de la década de 1960: la constatación de la disolución del vínculo entre el «pienso» y el «hablo», la supuración indefinida del lenguaje fuera de sí mismo. Ese afuera es también, de inmediato, el establecimiento de otro modo de ser del discurso que escapa a la dinastía de la representación y apela a los procedimientos materiales de construcción de aquellas hablas estructuralmente reacias; según los casos, inaudibles, escandalosas, inclasificables, no traducibles, indecibles, fragmentarias, aleatorias, inconstantes, vertiginosas.